

Lectura, psiquismo y lenguaje

Reading, psychic apparatus and language

Por Gustavo Cantú

RESUMEN

En este artículo se intenta elaborar una concepción psicoanalítica del proceso de lectura. Se sostiene que el trabajo de la lectura participa de tres campos simultáneamente: el campo de la relación con lo extralingüístico (*referencia*), el campo del sentido (*significancia*) y el campo de la representación (*representancia*). Se aborda cada uno de dichos ejes para fundamentar las relaciones entre lectura, psiquismo y lenguaje escrito.

Se postula que la suspensión parcial de la referencia objetiva y de la acción específica implicada en la situación de lectura requiere de una modificación de la economía de las fronteras psíquicas: el cierre parcial que se instala en relación con la realidad física pone en tensión las fronteras intersubjetivas y las intrapsíquicas. De ese modo se produciría una modificación de las relaciones entre referencia, significancia y representancia, favoreciéndose una cierta permeabilidad de las representaciones de palabra a las representaciones de cosa y constituyéndose una realidad tercera que es la realidad ficcional.

Se concluye que el trabajo de la lectura articula tanto la relación con la realidad como la necesidad de enfrentar

SUMMARY

This article aims at characterizing the reading process from a psychoanalytic point of view. It is postulated that reading work implies three axes simultaneously: reference, significance and representance. Each of these axes is dealt with, in order to analyze the relations between reading, written language and psychism.

It is postulated that the temporary withholding of objective reference and specific actions requires a modification of psychic frontiers economics: partial closing of the relation to physic reality produces a tension inside intrapsychic and intersubjective frontiers, thus modifying relations between reference, significance and representance. Such tension favors the amalgam of word representations and thing representations, whereas a third reality (fictional reality) is created.

It is concluded that reading requires not only establishing a relation with reality, but also implies to cope with the requirements that become necessary to psychism regarding its ties with body.

Key words: Reading - Psychism - Language - Subjectivity

la exigencia de trabajo que se le impone al psiquismo por su ligamen con lo corporal.

Palabras clave: Lectura - Psiquismo
- Lenguaje - Subjetividad

1. INTRODUCCIÓN

El leer está siempre atrapado en una encrucijada: por un lado, interpretar lo escrito según los cánones establecidos y de acuerdo con la preceptiva que establece lo permitido y aceptado, y por otro lado restaurar el lenguaje en su riqueza, ambigüedad y polisemia, que implica la producción singular de sentidos. En esa zona ambigua entre la apropiación subjetiva del texto y la posibilidad de nutrirse de las apropiaciones de otros, entre la mera comprensión superficial de lo leído y la experiencia íntima con el texto, entre la posibilidad de pensar por sí mismo y la necesidad de sostener la inscripción social, entre las significaciones instituidas y los sentidos instituyentes, entre la imaginación que permite las resonancias subjetivas de lo leído y la reflexión que sostiene la autonomía del pensamiento, allí reside la posibilidad de leer.

En este artículo se intentará elaborar una concepción psicoanalítica del proceso de lectura que tenga en cuenta la complejidad de dicho objeto. Puesto que el proceso de leer implica una modalidad de producción del sujeto en relación con el lenguaje escrito, participa de tres campos simultáneamente: el campo de la relación con lo extralingüístico (*referencia*), el campo del sentido (*significancia*) y el campo de la representación (*representancia*). La precedencia de la articulación entre los tres sistemas (Green, 1995) hace imposible su aislamiento en forma pura ya que su interpenetración mutua es constitutiva. Se abordará cada uno de dichos ejes para fundamentar las relaciones entre lectura, psiquismo y lenguaje escrito¹.

2. Referencia

2.1. Lectura y comprensión

Durante las primeras décadas del siglo XX, la lectura era concebida como un *conjunto de habilidades*. Este modelo, relacionado con el positivismo lógico en filosofía, el conductismo en psicología y con el modelo de universo de la Física newtoniana (Dubois, 1995), enfatizaba la decodificación como habilidad básica, separada de la comprensión, que era concebida como posterior al descifrado. En ese modelo las sub-habilidades de decodificación, comprensión y evaluación o interpretación constituían pasos ordenados, secuenciales y progresivos. Lector y texto eran postulados como entidades separadas; el sentido se suponía situado en el texto y el papel del lector se limitaba a extraerlo decodificando letras, identificando palabras y procesando cada una de las oraciones que lo componen para luego acceder a la estructura textual.

Este enfoque de la lectura como conjunto de habilidades comienza a ser cuestionado a finales de la década del 60 con el avance de la psicolingüística, la psicología cognitiva y la psicología genética. A partir de ese momento, se reformulan los modos posibles de estudiar los procesos de lectura. De acuerdo con esa nueva concepción, leer no es simplemente deletrear o descifrar, sino que consiste en una interacción en la que el sujeto intenta construir un significado posible del texto (Goodman, 1994). Se trata de la concepción de *la lectura como proceso*, ligada a los enfoques contemporáneos que parten del cuestionamiento a la teoría empirista de la percepción, fundados en la psicología cognitiva y constructivista y el mo-

delo de universo de la Física cuántica (Dubois, *op. cit.*). Este modelo sostiene que no hay separación tajante entre el observador y lo observado, entre lector y texto, entre lectura y comprensión. En la lectura, el significado es construido por transacciones, intercambios o interacciones entre el lector y el texto, y no es una propiedad intrínseca a ninguno de ambos elementos.

Estas teorías hacen un uso indistinto de los términos *sentido*, *significado* y *significación*, pero según nuestro punto de vista, en dichas teorizaciones esos términos son utilizados para aludir al concepto de *referente*. El rasgo común a estas teorías parece ser su preocupación por el problema de la *referencia*; sus esfuerzos explicativos se centran en el propósito de dar cuenta de los procesos mediante los cuales el lector puede construir los referentes a los cuales remite el escrito, dando por supuesta su existencia aun en el caso de postular su apertura y la libertad interpretativa del lector y asimismo en el caso de postular referentes en el mundo interno de quien lee.

La cuestión de la *referencia* -es decir el problema de la validez de los sentidos construidos por el lector en interacción o transacción con el texto desde el punto de vista de su adecuación a los referentes que designan-, pertenece al campo extralingüístico puesto que no se ocupa del *sentido* sino del *referente*. Entonces debemos establecer una distinción ambos conceptos. La referencia depende de la relación de designación entre el signo y lo designado, ya sea que éste corresponda a la realidad psíquica o a la realidad externa. Es decir que hay una doble referencia del signo: hacia la realidad

exterior, material u objetiva, y hacia la realidad interior, psíquica o subjetiva. El problema de la referencia se complejiza aún más si consideramos que en la concepción psicoanalítica de la representación, ésta no tiene un referente en lo "real", sino que es creación de la *imaginación radical*. Para esclarecer este punto haremos una breve alusión al concepto de imaginación según Cornelius Castoriadis.

2. 2. Concepción psicoanalítica de la imaginación

Según Castoriadis, la representación no es un calco del mundo exterior (Castoriadis, 1993b). No es una representación en el sentido de una nueva presentación de algo que ya hubiese sido presentado; se trata por el contrario de una *presentación* que no es neutra sino que está subjetivamente estructurada (in-formada). Para la psique no tiene existencia nada que no sea una representación. Así, lo que al comienzo es una presión de orden somático, debe transformarse en algo representable por y para la psique. Es preciso que encuentre una representación, una *Vorstellung*, para estar representado en la psique. Lo infigurable debe volverse figurable y figurado: este es el trabajo de la imaginación radical como instauradora del simbolismo. La imaginación primera o imaginación radical opera como un poder de organización y de presentificación como visible y audible de lo que no es en sí mismo ni visible ni audible (siendo que la última X es la pulsión).

En la concepción tradicional de la imaginación, ésta es concebida como combinatoria de elementos ya provistos a la psique por la percepción. Se

trataría en ese caso entonces de una actividad recombinatoria, no originaria o creadora, reducida a una función derivada y secundaria. A eso Castoriadis lo denominará imaginación segunda. Pero el trabajo psíquico es irreductible a una combinatoria de elementos perceptivos ya dados. Implica la capacidad de la psique de crear y organizar escenas e imágenes que son para ella fuentes de placer, independientemente de toda realidad y de toda representación canónica que corresponda a un placer de órgano.

Las ideas no provienen de la inducción empírica ni de la deducción lógica; son invenciones que provienen de la creación de nuevos esquemas imaginarios, formados por efecto de la coerción de la experiencia, pero que no se desprenden ni se reducen a esa experiencia. La imaginación radical también está en la base de otra capacidad humana que es el simbolismo: gracias a ella el sujeto puede ver una cosa en otra cosa. El hecho de que una palabra represente para nosotros un significado, que nos presente ese significado, es producto de la imaginación radical. Contrariamente, en el plano animal sólo existen señales fijadas a objetos, y no símbolos.

Esta ruptura con la animalidad está condicionada entonces por el surgimiento de la imaginación radical de la psique singular (en el nivel de la psique individual) y del imaginario instituyente (en el nivel social) como fuente de las instituciones, que son aquellos objetos y actividades capaces de alimentar la sublimación. Ese surgimiento destruye la regulación instintual, le agrega placer de representación al placer de órgano e instaura la exigen-

cia de sentido para la psique y le corresponde con la creación, a nivel colectivo, de las significaciones imaginarias sociales. Dichas significaciones, portadas por objetos socialmente instituidos, desexualizados, son investidas por los sujetos singulares gracias al proceso de sublimación.

Castoriadis define a la sublimación (Castoriadis, 1993a) como el proceso por medio del cual la psique se ve forzada a reemplazar sus objetos de investidura privados por objetos que valen por su institución social y a convertirlos en soportes de placer. Con esta concepción ampliada de sublimación se hace evidente que la sustitución del placer de órgano por el placer representativo está en la base de todo proceso sublimatorio: la imaginación singular, desfuncionalizada, se vuelve capaz de ofrecer a la psique objetos públicos como objetos de investidura.

Por lo tanto, la representación proviene de la imaginación radical: es imaginación radical que se manifiesta y se figura. Percibir es entonces *imaginar* en sentido literal. Percibir y recordar son dos especies del imaginar (*op. cit.*, p. 187). La percepción es una variante de la representación. El privilegio ontológico concedido a la percepción por la tradición filosófica se basa en el supuesto de que ésta permite el acceso de las "cosas" y que por lo tanto cualquier otra forma de representación tiene origen en la percepción y no es más que una variante endeble de la misma.

El término "radical" indica que no se trata de la imaginación reproductiva (imaginación "segunda") sino que esta actividad está antes de la distinción ente "real" e "imaginario" o "ficticio". Es porque hay imaginación radical que

hay para el sujeto "realidad". Esto mismo se aplica al imaginario social instituyente. Es radical porque crea *ex nihilo*. En este sentido el término imaginario es un sustantivo y no un adjetivo que denote cualidad.

2.3. Lectura e imaginación

Por lo tanto todas las teorías interaccionistas, interactivo transaccionales y transaccionales participan de un mismo modelo de referencia: suponen un modelo de representación en el cual el texto remite a una realidad ya sea exterior (sentido del autor) o interior (sentido del lector) pero en ambos casos preexistente. Es decir que suponen a la lectura como un proceso referencial de orden reproductivo: al leer se reproduciría ya sea el sentido original del autor, el sentido subjetivo del lector o una interacción entre ambos, pero en todos los casos se trataría del reencuentro de algo ya existente. Para abordar el problema de la referencia desde nuestro marco conceptual, debemos ocuparnos por el contrario de las formas de creación de representaciones y no de su aspecto reproductivo. Nos compete analizar las modalidades que la imaginación entendida como creación representacional cobra en el sujeto y no establecer su adecuación referencial a entidades supuestamente preexistentes del mundo externo o interno. Por lo tanto, ya que lo que nos ocupa es la actividad representativa que se despliega en relación con la lectura (la *producción*) y no qué conocimientos se obtienen de ella (la *comprensión*), debemos articular las relaciones de designación entre los signos lingüísticos y los referentes extralingüísticos a los cuales designan (*referencia*), con

los otros dos ejes que constituyen las relaciones entre la psique y el lenguaje (Green, 1995): la *representancia* y la *significancia*.

3. Representancia

Las concepciones de la lectura son solidarias de las concepciones de escritura. Por eso deberemos plantear la cuestión de la lectura en paralelo con la de la escritura, que constituye su par indisociable, con el objeto de esclarecer la *concepción de representación* que suponen las teorías de la lectura.

3.1. Lectura y decodificación

Algunos de los resultados de los debates contemporáneos acerca de la interpretación de textos parecieran implicar la necesidad de optar entre dos posiciones extremas (Gende, 2005). O bien la semiosis ofrece suficientes condiciones desde las estrategias discursivas previstas por la obra como para garantizar la validez de las interpretaciones posibles, o bien la semiosis infinita es una condición de los textos, por lo cual la pretensión de hallar un sentido se desvanece como ilusoria.

Algunas teorías acerca de la escritura se ubican en la vertiente de la primera opción. La asimilan a una actividad de re-presentación en su sentido filosófico –es decir como copia de la realidad en sentido platónico– y no en sentido psicoanalítico. En sentido filosófico la re-presentación supone una presentación primera y una "vuelta a presentar". Habría ideas, pensamientos formados, que el sujeto re-presentaría mediante el lenguaje oral y luego a éste por escrito. Desde tal punto de vista, la re-presentación escrita sería re-presentación de la re-presentación del len-

guaje oral, que a su vez es re-presentación de la idea o concepto. Copia de la copia, representación de la representación, la escritura quedaría así reducida a una técnica de orden superestructural, externa al pensamiento, una técnica accesoria y secundaria con respecto al lenguaje oral. La función de la escritura, entonces, sería expresivo-comunicativa: tendría por objeto ser signo de un pensamiento existente con anterioridad y expresado por el lenguaje oral. Es decir, se supone en ese caso la precedencia lógica del pensamiento con respecto a la escritura, la cual pasaría a ser un agregado secundario, accesorio y no constitutivo del pensar. Esta postura es solidaria de la metafísica de la presencia (Derrida, 1998), ya que según los supuestos de ésta, la representación lo es de un objeto ausente al que remite. En este sentido la escritura como sistema de segundo orden, remite a la palabra hablada que a su vez representa el concepto.

Pero desde otras concepciones, la escritura puede pensarse como constitutiva del pensar. No se trataría de una mera técnica de *expresión* de un pensamiento preexistente, sino de un proceso de *construcción* de ese pensamiento. Se trataría de un ordenamiento que *constituye* lo que quiere decirse y no que simplemente expresa o designa algo que ya estuviera en otra parte (Derrida, 1998). La escritura *produce* efectos. Arrancarla de su habitual versión comunicativa o expresiva, que lleva a considerarla como un mero epifenómeno, nos permite pensar que en la escritura no se trata de un proceso de traducción de lo ya-pensado sino de *producción* (Derrida, 1989), de

puesta en forma, de presentificación como decible-legible de lo que en sí mismo no es ni decible ni legible.

En concomitancia con esta concepción de la escritura se presenta así la segunda línea de respuestas frente al problema de la interpretación: para Derrida es imposible detener el proceso de la significación, posición que al hacer de toda cosa un signo se permite prescindir de cualquier postulado de significado trascendental en tanto la supuesta presencia originaria a la que se querría hacer remitir al signo es a su vez un signo y así al infinito. Así, mientras que el concepto de *huella* da cuenta de esa remisión infinita entre inscripciones, el de *diseminación* (Derrida, 2006) apunta a mostrar que la textualidad emerge en una cadena de elementos de continuidad indeterminable.

Ricoeur intenta superar esta opción aparentemente dicotómica proponiendo una definición de interpretación que incorpora la apropiación de lo extraño a la vez que la apertura del texto (Ricoeur, 2003). La interpretación para este autor comporta una dialéctica entre explicación y comprensión que se completa como apropiación. Es un proceso dialéctico en tanto el comprender reclama una explicación y esta remite a una nueva comprensión. La comprensión consiste en un proceso semiótico conjetural guiado por las expectativas de sentido y por los índices provistos por el texto. Estas conjeturas deberán ser validadas y para eso reclaman una explicación que remite circularmente al comprender en tanto con cada nuevo acto de interpretación los hechos disponibles resultan coligados bajo un nuevo concepto (Ricoeur, 2001).

La teoría de la escritura de Derrida nos permite comprender la escritura en tanto producción, puesto que sitúa el proceso de inscripción de huellas en un proceso de remisiones infinitas sin origen que él denomina *archiescritura* (Derrida, 1998). El proceso de *diseminación* (Derrida, 1989) produce infinitas posibilidades de sentido no previstas de ningún modo por el autor; por lo tanto no hay un significado único y exclusivo, una verdad única, hay un texto plural en significados y temas, *diseminados*, cuyas diferencias engendran el significado². En consecuencia para Derrida la lectura es *escritura de la escritura*.

Si la escritura no es traducción de la oralidad, el sentido del autor es irrecuperable, puesto que ni siquiera le es accesible por completo a sí mismo. Por eso la lectura no es definible como un proceso de decodificación, puesto que no hubo *codificación* en su origen sino *producción*. No existe un sentido oculto, codificado, encriptado en el texto y por lo tanto la lectura no puede consistir en su recuperación. La escritura en cuanto secuencia de significantes, permanece siempre abierta al proceso de significación y consecuentemente la lectura es una nueva escritura.

El escrito queda definido como un producto del cual el autor no tiene el control absoluto, ya que no se trata de la aplicación de un código. Hay por lo tanto efectos de subjetivación (Rodulfo, 1999) en la escritura-lectura que exceden la cuestión de la referencia. De este modo el texto deja de ser concebido como referencia a una realidad preexistente (ya sea ésta interna o externa). Por lo tanto necesitamos dar cuenta de

la representación como un proceso productivo que nos permita abrir la lectura de una simple relación de designación referencial a una relación de *doble representancia* que articule los distintos regímenes psíquicos de representación. Debemos esclarecer cuáles son estos regímenes para complejizar la noción de lectura en función del eje de la representancia.

3.2. Concepción psicoanalítica de la representación

André Green amplía la tópica freudiana y considera cuatro territorios para definir lo psíquico: *soma, inconsciente, consciente y real*. En este modelo (Green, 2000), las fronteras entre los territorios no son sólo límites de separación sino fundamentalmente zonas de trabajo. Este autor entiende al psiquismo como una gran formación intermedia entre el soma y la realidad. En su esquema metapsicológico, el autor fundamenta que la actividad representativa es heterogénea, lo cual implica la coexistencia de formas de representación diferentes (Green, 1996). Representante psíquico de la pulsión, representación de cosa y representación de palabra, son las tres formas que dan cuenta de la heterogeneidad de la actividad representativa. La definición freudiana de la pulsión como el representante psíquico de las excitaciones endosomáticas, hace referencia a un concepto límite: la pulsión se constituye como representante por delegación del soma en la psique. El *representante psíquico* (que no es figurativo sino pura exigencia corporal) va ser enviado desde el soma al territorio psíquico. Allí podrá asociarse a una huella de representación de obje-

to. Esta no es en sí misma copia o reproducción de ningún objeto existente (aunque requiere como condición la huella de una experiencia de satisfacción), sino producto del trabajo de creación que hemos definido como *imaginación radical*.

Así en el trabajo de representación se ligan dos series, la de la excitación endosomática (cuyo representante psíquico vehiculiza el mensaje del cuerpo), y la de las huellas mnémicas (que mantienen relaciones de analogía -aunque no de copia- con un objeto en la realidad).

Esta actividad representativa de carácter original y fundacional da como resultado las llamadas “representaciones de cosa”, que tienen la función de ligar la energía pulsional, estableciendo una relación crucial entre tensión psíquica y trabajo de representación. Las representaciones de cosa inconscientes se constituyen en el recurso ligado a la plasticidad creadora de la psique, capaz de producir múltiples y variados entrelazamientos de representaciones al servicio del principio de placer-displacer (Álvarez, 2004).

Esto ocurre en el registro inconsciente, y es a este nivel donde esa unidad de representación formada por la huella mnémica investida por el representante psíquico, se divide en el representante-representación y el *quantum* de afecto (Green, 1996). Cada uno de esos componentes intentará atravesar la segunda zona de pasaje, que es la barrera preconsciente, a la vez barrera, zona de pasaje y espacio de transformaciones psíquicas. Las representaciones que atraviesan esa zona se asocian a las representaciones de palabra que les corresponden, y los afec-

tos se manifiestan de modo cualitativo. Finalmente y como tercera zona de pasaje se ubica la protección antiestímulo, que separa la psique de lo real. Las modalidades de pasaje entre unos y otros espacios y entre las representaciones que los constituyen pueden ser consideradas centrales en la actividad psíquica, dado que cualquier excitación que provenga de alguno de los espacios suscitará modos de circulación hacia los adyacentes. El recorrido puede ser en sentido progrediente (desde el soma hacia lo real atravesando los espacios del psiquismo inconsciente y del psiquismo consciente) o regrediente (desde lo real hacia el soma), siendo que la excitación puede partir de cualquiera de los cuatro territorios.

Pero las excitaciones endosomáticas pueden no encontrar caminos de delegación en el registro psíquico, y conservar la descarga (tanto en el soma como en acto) como única vía de satisfacción. En este caso las excitaciones no llegan al psiquismo, sino que tienen desenlaces extrarepresentativos (Green, 2005).

Una vez ingresado al territorio psíquico, en cambio, el representante psíquico puede cargar una huella mnémica que de este modo produce la reviviscencia de la satisfacción de modo alucinatorio.

Destaquemos la importancia de diferenciar en la representación entre el representante-representación de la pulsión y el representante psíquico de la pulsión. Cuando se refiere al representante psíquico, Freud alude al modo en que la excitación endosomática (que no es aún psíquica) llega al psiquismo por delegación. El represen-

tante psíquico es una manifestación de las demandas del soma al psiquismo. Estamos entonces frente a un modelo que ya no considera la representación como reproducción de lo real externo: la representación no es representación de un objeto (por analogía) sino de las excitaciones endosomáticas (por delegación). El representante psíquico inviste los vestigios de otras experiencias de satisfacción depositados como huellas mnémicas (representante-representación de la pulsión). Así, ambos modelos se articulan para producir la excitación pulsional acompañada por la representación del objeto de satisfacción.

Las representaciones de cosa tienen una función muy importante en el psiquismo dada la relación que Green denomina "doble representancia" (Green, 1996), que por un lado permite ligar la energía pulsional al trabajo de representación, y por otro posibilita la articulación con las representaciones palabra dando lugar al acceso a las significaciones compartidas. Es decir que la doble representancia articula la pulsión con el lenguaje y el pensamiento a través del proceso de investimento mediatizado por las representaciones de cosa inconscientes.

Una vez instaurada la represión originaria, estas representaciones de cosa quedarán reguladas por la legalidad que define al sistema inconsciente y que se denomina proceso primario. Este funcionamiento, basado en la condensación y el desplazamiento, les permite producir múltiples entrelazamientos al servicio del principio de placer-displacer. Este trabajo genera las condiciones psíquicas para que la apropiación de las significaciones se produzca

sobre una matriz creadora y subjetivante y no como un mero mecanismo de sobreadaptación (Green, 1998).

En el sistema preconciente-conciente en cambio, la legalidad que impera es la del proceso secundario. El funcionamiento de éste responde al lenguaje como estructura y las representaciones de palabra que constituyen sus elementos permiten articulaciones con los referentes externos que están ordenados en función de su significación social compartida (Álvarez, 2008).

De este modo la actividad representativa supone el conflicto y cooperación entre las instancias y los modos de representación propios de cada uno de ellas. Los enlaces entre representaciones de cosa y representaciones de palabra hacen posible la articulación de los sentidos subjetivos con las significaciones sociales a partir de una expectativa de ganancia de placer narcisista.

3.3. Lectura y representación

Esta concepción de la representación nos esclarece con respecto a la tónica y la dinámica de la lectura.

Así comprendemos que el sistema de la representación parte del representante psíquico de la pulsión estrechamente ligado al cuerpo, se expande en representaciones de cosa inconscientes y conscientes, se asocia en lo consciente a representaciones de palabra, y por último se une a los representantes de la realidad en el Yo. Puesto que la cadena puede movilizarse desde cualquiera de los cuatro territorios, en la escena de la lectura tenemos al aparato psíquico enfrentado a un objeto particular que es el texto escrito. Este objeto está revestido de significaciones socia-

les; mejor dicho, está constituido por ellas. Castoriadis sostiene que los objetos de la sublimación son invisibles: el texto por lo tanto es invisible (lo que puede verse es sólo su soporte material) siendo que las significaciones sociales que lo constituyen son imaginarias (Castoriadis, 1998). ¿Qué sucede con dichas significaciones? Si son objeto de sublimación, serán investidas por el sujeto, es decir que podrán reemplazar a los objetos primarios privados recibiendo la investidura originalmente destinada a ellos y se convertirán en soporte de placer. En tanto externas al aparato psíquico, las significaciones sociales que constituyen lo escrito se sitúan tópicamente en el espacio de lo real. Hacia allí se dirigen las investiduras del sujeto: leer es una actividad que supone el envío de cargas de energía hacia fuera atravesando la barrera de la protección antiestímulo; supone salir de sí y catectizar un objeto no sexual socialmente significativo.

Entonces hay intercambios que se producen en la zona de pasaje entre el territorio del psiquismo consciente y el territorio de lo real, entre las significaciones sociales imaginarias que constituyen el escrito y las representaciones de palabra y las representaciones de cosa conscientes que el sujeto construye en relación con ellas. Estas representaciones están organizadas de acuerdo con el proceso secundario, de modo que estructuran el texto en su aspecto lógico y permiten dar cuenta de los aspectos compartidos y comunicables del escrito. Pero si hay investidura significativa del escrito, el intercambio no se reduce a las representaciones de palabra que estructuran el psiquismo consciente, sino que éstas

constituyen un eslabón en el encadenamiento hacia el psiquismo inconsciente gracias al trabajo de las representaciones de cosa inconscientes. Entonces también se producen formas de trabajo psíquico en la frontera entre los territorios consciente e inconsciente: este trabajo representacional permitirá que el texto tenga no sólo miramiento por la significación (social, instituida) sino también sentido subjetivo singular. El leer implica de este modo la ligazón entre las representaciones de palabra y su anclaje con las representaciones cosa que constituyen el material de donde el pensamiento emerge. Se trata de la resonancia subjetiva que por condensaciones y desplazamientos permita ligar las significaciones y articularlas en el entramado psíquico inconsciente. Podremos rastrearlas a través de las asociaciones, connotaciones, fantasías y todo el espectro de las producciones psíquicas ya que seguirán el camino de las formaciones intermedias.

Pero además, merced a la doble representancia, las representaciones de cosa inconscientes son capaces de mediatizar la ligazón de las representaciones de palabra conscientes (en el territorio del psiquismo consciente) con el soma, ya que se sitúan como punto de articulación en el psiquismo inconsciente. La doble representancia abarca no solo la bipartición entre las representaciones conscientes e inconscientes, sino del hecho de que lo inconsciente está constituido sólo por representaciones de cosa mientras que lo preconsciente-consciente lo está por representaciones de cosa asociadas a las representaciones de palabra que les corresponden. La cuestión es

entonces cuáles son las relaciones entre esos dos tipos de representaciones psíquicas y sus formas de convertibilidad y de articulación.

Entonces la riqueza y plasticidad de las inscripciones de huellas mnémicas producidas en las experiencias placenteras de satisfacción originarias constituirán una condición central para la disponibilidad representacional necesaria para ligar aquellas representaciones de palabra construidas en interacción con lo escrito en un encadenamiento que en última instancia las articula al cuerpo. Pero en la lectura, debido a su predominancia de representaciones de palabra, no accedemos con facilidad a las formaciones de esta zona limítrofe entre el soma y la psique.

Debemos agregar además otro régimen de representación que es el del afecto. En la concepción freudiana, el afecto queda excluido del sistema de huellas mnémicas representativas, pero Green lo reconoce como una forma derivada del representante pulsional de la cual no se puede dar cuenta a través de los vínculos entre los representantes-representación.

De la extensa discusión metapsicológica que suscita la problemática del afecto, nos incumbe particularmente su articulación con la cadena discursiva, ya que nuestro material de análisis es el discurso producido por el paciente en relación con la lectura.

El afecto puede estar integrado en la cadena discursiva, coloreándola cualitativamente, mientras que en otros casos se asiste al desencadenamiento de fuerzas afectivas que desbordan lo representable en el discurso. En esas ocasiones el afecto no puede ser ligado por la representación y toma su lu-

gar, quebrando la cadena del discurso y lanzándola hacia lo indecible. Así el afecto rompe los diques de la represión haciendo peligrar las funciones de ligazón y dominio del yo.

Un psiquismo tomado en forma masiva por el afecto lleva a la ausencia de formaciones del inconsciente. En esos casos la prevalencia de procesos de descarga a través del acto o la expulsión en lo somático es solidaria de la pobreza de la vida fantasmática. La psique tiene una necesidad indispensable del afecto, ya que éste es parte constitutiva de los procesos psíquicos, pero la difusión excesiva puede perturbar el trabajo de representación cuya culminación es el pensamiento. En consecuencia se deduce que el proceso primario tiene un papel regulador esencial en el origen de las formaciones del inconsciente y que dichas producciones intermedias hacen posible la circulación del encadenamiento representativo entre los distintos territorios psíquicos evitando la descarga masiva.

El trabajo de lectura implica una doble tarea, la de alejarse de los derivados pulsionales donde nace, sin dejar de mantener el contacto con las raíces afectivas que le confieren sentido. Por lo tanto, si bien el trabajo de la lectura -en tanto supone el predominio de representaciones palabra- está estructurado por la organización lógica y temporal del lenguaje como estructura y ordenado al servicio de la comunicación, esta predominancia de legalidad secundaria -que caracteriza al preconsciente-consciente, impuesta por la organización del lenguaje- no excluye a los procesos primarios, sino por el contrario los presupone como condi-

ción de posibilidad. La articulación de los procesos primarios con los secundarios, que Green denomina *procesos terciarios* (Green, 2001) permite la apropiación de lo escrito, es decir, posibilitando que el leer constituya un proceso subjetivamente apropiado y no un mero mecanismo de descifrado. En síntesis, la concepción derridariana que amplía la noción de escritura equiparándola a la producción de huellas nos permite discriminar los aspectos referenciales de los aspectos representativos de la escritura. En la lectura no se trata de una simple transcripción previsible o codificable que se limite a la referencia a algo ya existente sino de la tarea de la huella, ya que todo signo como producto de la diferencia, difiere constantemente su encuentro con el significado. El concepto psicoanalítico de representación nos permitió incorporar al análisis de la lectura los aspectos pulsionales dejados de lado en la teoría derridariana, de tal modo que la lectura se nos muestra -desde el punto de vista de la representancia- como una situación que permite evaluar el juego psíquico posible en dos límites: entre los territorios consciente e inconsciente por un lado, y entre lo consciente y el espacio de lo real por el otro a través de la ligadura entre representaciones de palabra y representaciones de cosa y entre los componentes ideativos y afectivos de las representaciones.

4. Significancia

El problema de la significancia remite a la articulación entre el signo y el sentido. Puesto que la lectura implica la actividad del sujeto en relación con un sistema de significaciones imaginarias

sociales que le son ofrecidas en el bajo la forma de un texto escrito, necesitamos incorporar la significancia como eje de análisis.

La modalidad de lectura singular de cada sujeto nos mostrará su posicionamiento en relación con dichas significaciones, su posibilidad de articularlas con los sentidos subjetivos que entren en nexos asociativos con ellas. Se trata así de la tensión entre la inscripción social que supone la adscripción a las significaciones instituidas y la subjetivación singularizante que implica la producción instituyente de sentidos.

Recordemos que la precedencia de la articulación entre los tres sistemas, la *doble significancia*, la *doble referencia* y la *doble representancia*, hace imposible su aislamiento en forma pura, pero en este apartado analizaremos en particular la problemática de la relación entre la psique, el sentido y el lenguaje en la lectura.

4.1. Lectura y clausura

La escritura establece lo que se ha denominado un discurso autónomo o libre de contexto (Ong, 1993). En este sentido, el discurso escrito queda separado de su autor y por lo tanto no puede cuestionarse directamente como el habla oral. Las culturas orales conocen una especie de discurso autónomo en las fórmulas rituales fijas como las frases adivinatorias. Los oráculos, por ejemplo, no eran responsables de sus profecías, sino que eran mediaciones para la voz del dios. La escritura impresa arrastra algo de esa cualidad adivinatoria puesto que transmite una enunciación que no le pertenece sino por remisión al autor. Este podría ser cuestionado sólo si fuera

posible comunicarse con él. Pero aún así, luego de la más devastadora de las críticas, el libro seguirá diciendo lo que decía antes. Entonces lo escrito es inherentemente irrefutable puesto que “*Está escrito*”.

Una de las funciones de lo escrito es fijar y conservar, pero además eleva lo dicho a un rango diferente al de lo simplemente pronunciado. La lectura está de algún modo obliterada por una relación de fuerzas del orden de la jerarquización social a la que está sometido lo escrito. Michel de Certeau sostiene en ese sentido que la creatividad del lector crece a medida que decrece la institución que la controla (De Certeau, 1996). Lo escrito, soporte y condición de la lectura, aparece también como uno de sus obstáculos más importantes. No es fácil interpretar, construir sentidos, a partir de aquello a lo que un orden social o familiar estatuye el valor de incuestionable.

La letra escrita enfrenta al sujeto con significaciones que en tanto instituciones sociales son ofrecidas como respuesta a su búsqueda de sentido. Las concepciones que abordan la lectura como un proceso de decodificación y comprensión de dichas significaciones, consideran el leer como una actividad consistente con la conservación de lo instituido y la perpetuación del imaginario social. Leer implica una tensión entre ese vector de las significaciones instituidas que tienden a la clausura y otras fuerzas de orden instituyente suscitan su ruptura, abriendo a la incertidumbre que implica la puesta en suspenso de lo ya-pensado.

Para profundizar en los problemas implicados por la articulación entre lo instituido y lo instituyente en la lectura,

recurriremos a la concepción de *reflexión* según Castoriadis.

4.2. Concepción psicoanalítica de la reflexión

Castoriadis sostiene que lo que la psique desea no es el *saber* sino la *creencia* (*op. cit.*, p.163). Con esto se refiere a que la psique individual nace en un universo de sentido, y que la clausura sobre sí de la mónada psíquica y la plenitud que la acompaña será el modelo de satisfacción. La clausura y la plenitud se rompen por la doble exigencia de las necesidades corporales y la presencia de ese otro humano de quien la satisfacción de esas necesidades depende. De allí que quien asegure la satisfacción de las necesidades será de inmediato erigido en Amo del sentido. Es decir que la condición psíquica para la necesidad de sentido para el sujeto humano está dada por la naturaleza de la mónada psíquica inicial, cerrada sobre sí y centrada en la omnipotencia y en la identidad. La sociedad ofrece e impone a la psique las significaciones imaginarias instituidas socialmente como sucedáneo -siempre pobre en relación con el prototipo inicial-. A través de esta oferta, el sujeto humano accede a la “realidad” y a la “lógica”: las significaciones imaginarias sociales organizan lo que en cada caso y para cada sociedad será o no “real”. El mundo propio de cada sociedad se mantiene unido por una lógica *ensídica* de carácter identitario que da sentido tanto al mundo como a los individuos de esa sociedad.

Por lo tanto, la sociedad y sus instituciones no tienen únicamente una función represiva de las pulsiones como lo pensaba Freud en “El malestar en la

cultura”, sino una función constitutiva que consiste en la humanización. Debe someter a la mónada psíquica a una fractura, imponiéndole aquello que la psique rechaza, a saber: el reconocimiento de que la omnipotencia del pensamiento existe sólo en el plano fantasmático. Así es capaz de insertar en el mundo a este ser capaz de vivir de otro modo en el puro placer representacional (Castoriadis, 1993c). En esta operación constitutiva, la institución destruye la clausura sobre sí del puro placer de representación solipsista. Pero en compensación ofrece otra fuente de sentido: las significaciones imaginarias sociales. Así la institución provee de ahora en más el sentido a los individuos socializados, pero además les brinda los instrumentos para construir sentido ellos mismos (Castoriadis, 2001). La representación es la vertiente subjetiva de las significaciones imaginarias sociales. Esto quiere decir que la psique está habitada por una negatividad imposible de erradicar contra la sociedad (Castoriadis, 2001, 236), contra los otros, contra la realidad y contra sí misma como persona social, ya que está obligada a abandonar lo que para ella se identifica con el sentido a cambio de la necesidad de interiorizar y de invertir lo que la sociedad le ofrece.

La interrogación es un momento de lucha de la psique por salir del sin-sentido y de la angustia que éste genera. La búsqueda de sentido es en general saturada por las significaciones imaginarias sociales que el ser humano interioriza en la socialización. Esta interiorización se da en la clausura, ya que de ese modo quedan excluidas de la interrogación y se asegura su validez

perpetua. Lo que es investido de ese modo son las creencias establecidas, y el modo de adhesión consiste en el *creer*. El individuo socializado necesita y desea creer en las significaciones sociales instituidas a riesgo de su propio sinsentido.

De ese modo Castoriadis opone conocimiento a creencia: en tanto el conocimiento implica una interrogación que no acepta ser saturada y clausurada por respuestas socialmente instituidas y un cuestionamiento abierto de las instituciones de la sociedad. Lo que se convierte en objeto de investimento es la búsqueda misma: no la sabiduría adquirida y asegurada sino el amor por la sabiduría (*philosophia*). La investidura es sobre la propia capacidad de pensamiento como apta para producir resultados verdaderos, pero más allá de cualquier resultado en particular. Deja de ser investidura de un objeto; es investidura de un “*objeto no-objeto*” (*op. cit.*, p. 167): actividad y fuente de lo verdadero.

4.3. Lectura y reflexión

Llegamos por lo tanto a caracterizar la búsqueda de sentido por y para la psique y a explicitar el lugar de las significaciones imaginarias sociales como oferta que tiende a saturar la exigencia psíquica de significancia.

La calidad de las investiduras significativas de orden sublimatorio en relación con lo escrito puede postularse como la condición necesaria para la lectura desde este punto de vista. Investimiento de las significaciones sociales y a la vez investimento de las propias posibilidades de construcción de sentido. Encontramos entonces una doble significancia: *sentido* (sub-

jetivo, singular) y *significación* (social, compartida) puestas en tensión en el leer. Las condiciones psíquicas para la posibilidad de este pasaje de la investidura de la creencia a la investidura del conocimiento se relacionan con una imagen investida de sí mismo no como poseedor de la verdad sino como fuente y capacidad creativa siempre renovada.

Saber y certeza los dos polos que ordenan la relación del yo con la realidad (Aulagnier, 1994b). Lo propio de la certeza es el rechazo a uno de los atributos de la verdad que es el cuestionamiento. El saber pretende enunciar una verdad, pero siempre provisoria. La certeza (el mito, la religión, la ideología, el delirio) tiende al cierre. En los primeros momentos de la estructuración subjetiva la actividad psíquica se organiza según un modelo en el cual saber y certeza coinciden (Aulagnier, 1994a, 1994b). En la psique siempre persiste la ilusión de poder encontrar en la escena de lo real a otro que garantice la certeza de los enunciados por los cuales el sujeto se define y define su modelo de la realidad.

Un sujeto puede adjudicar a las palabras escritas el carácter de certeza o puede conceder a lo escrito el carácter de verdad provisoria en la cual apoyarse para construir saberes propios. El proceso de atribución de verdad es la cara intrapsíquica de los dinamismos intersubjetivos que sostienen la valoración del escrito en tanto objeto cultural. Se trata entonces en la lectura no de una adscripción sobreadaptativa a las significaciones sociales instituidas (accesibles mediante el escrito) que saturan y obturan la interrogación, la duda y la imaginación, sino de una investi-

dura significativa que incorpora el placer de pensar y de producir cuestionamientos y alteraciones instituyentes mediante la reflexión.

5. Conclusiones

Italo Calvino, en su novela *Si una noche de invierno un viajero*, exhorta al lector de este modo:

“Relájese. Concéntrese. Aleje cualquier otro pensamiento. Deje que se diluya el mundo que lo rodea. Es mejor que cierre la puerta: siempre hay un televisor encendido en el cuarto de al lado”.

Así nos ofrece una definición admirable de la dinámica psíquica concomitante a la lectura de un texto literario. *Relájese*. Se requiere de un estado ausencia de tensión es decir de quiescencia pulsional con restricción de la motilidad. *Concéntrese*. Aleje cualquier otro pensamiento. La vacancia del aparato psíquico para la elaboración representativa y para la direccionalidad del foco atencional de la conciencia requiere poner en suspenso “otros pensamientos”, aquellos ligados al mundo “real”. El mundo debe “diluirse”: desinvertimiento temporario y relativo de la realidad que requiere de un cierre del polo perceptivo para que los estímulos del mundo exterior no perturben la dinámica interna: *es mejor que cierre la puerta*. En ese estado de receptividad parece poder desarrollarse la lectura.

Doble efecto de la lectura entonces; acotamiento de la visibilidad y restricción motriz. El *acotamiento de la visibilidad* (ya que sólo las letras son visibles) potencializa una estimulación del sistema representativo a través de la

limitación de la percepción. Paradójicamente, podemos decir que la lectura es un proceso predominantemente no visual. De este modo hay una ruptura relativa de la referencia real y una exacerbación de la referencia imaginaria. La *restricción motriz* consiste en la reducción de la posibilidad de descarga por el acto, puesto que la consigna de trabajo excluye la motricidad y habilita todo el espectro de la producción simbólica. En la situación de lectura, la meta pulsional sufre un acotamiento debido a la restricción del acto que implica un desplazamiento o reemplazo del acto por la palabra y otras formas de puesta en sentido. Cuando para el psiquismo es posible la construcción del espacio ficcional gracias a los procesos de interpenetración psíquica entre los distintos territorios y entre las diferentes formas de funcionamiento correspondientes, esta dinámica incrementa el surgimiento de las representaciones de deseo y constriñe a las representaciones de cosa a ligarse con representaciones de palabra correspondientes para producir signos lingüísticos organizados y a la inversa, a producir retoños a partir de la ligadura de las representaciones de palabra conscientes correspondientes a las significaciones instituidas correspondientes al escrito (puesto que el cierre del sistema perceptivo hacia lo real es sólo parcial y permite conservar el investimento de la significación). Podemos pensar que de ese modo disminuyen las diferencias entre los dos tipos de representaciones y se habilita la posibilidad de un funcionamiento articulado entre ambas, consistente con lo que Green denomina procesos terciarios. Así la puesta en palabras ad-

quiere una heterogeneidad que amalgama representaciones de palabra de un modo articulado con elementos no lingüísticos.

Es decir que esta suspensión parcial de la referencia objetiva y de la acción específica modifica la economía de las fronteras: el cierre que se instala en relación con la realidad física pone en tensión las fronteras intersubjetivas y las intrapsíquicas. De cara al mundo interno, se genera un espacio en el que los enunciados pueden alejarse lo suficiente de los derivados pulsionales de donde nacen, sin perder el contacto con las raíces afectivas que los dinamizan. De este modo la lectura puede *afectar* al sujeto, ya que la dinámica desatada por la estimulación de la actividad representativa incluye la ligadura de los distintos gradientes representacionales y afectivos. Podemos pensar entonces que esta clausura parcial de los polos perceptivo y motor creada por la situación de lectura tiene como efecto una modificación de las relaciones entre referencia, significancia y representancia: la producción psíquica se centra en la producción simbólica y se favorece una cierta permeabilidad de las representaciones de palabra a las representaciones de cosa. De allí la vacilación de las relaciones entre el adentro y el afuera y por tanto entre la realidad psíquica y la realidad material, constituyéndose una realidad tercera que es la realidad ficcional.

Considerar de este modo las raíces pulsionales del pensamiento supone reconocer la imposibilidad de pensar la experiencia de lectura sin analizar cómo obra en el sujeto el trabajo pulsional. Es decir que el trabajo de la lectura articula tanto la relación con la

realidad como la necesidad de enfrentar la exigencia de trabajo que se le impone al psiquismo por su ligamen con lo corporal. Así arraigada en los estados del cuerpo y ramificada en el despliegue del pensamiento, pensar la lectura implica articular afecto y cognición dentro de una teoría general del psiquismo que los ligue al cuerpo.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ÁLVAREZ, P. (2004), "Aportes metapsicológicos al análisis del discurso en la clínica" (pp. 59-73). En *Subjetividad y lenguaje en la clínica psicopedagógica. Voces presentes y pasadas*, S. Schlemenson (Ed.), Paidós, Buenos Aires.
- ÁLVAREZ, P. (2008), *Análisis de la producción discursiva en niños con problemas de simbolización*, Universidad de Buenos Aires, Tesis Doctoral.
- AULAGNIER, P. (1994a), *Los destinos del placer. Alienación, amor, pasión*, Paidós, Buenos Aires, 1979.
- AULAGNIER, P. (1994b), *Un intérprete en busca de sentido* (M. d. P. Jiménez Trad.), Siglo XXI, México 1986.
- CASTORIADIS, C. (1993a), *La institución imaginaria de la sociedad* (M. A. Galmarini Trad. 2 ed. Vol. 2), Tusquets, Buenos Aires, 1975.
- CASTORIADIS, C. (1993b), "Lógica, imaginación y reflexión", pp. 21-50, (J. L. Etcheverry Trad.). En R. Dorey (Ed.), *El inconsciente y la ciencia*, Amorrortu, Buenos Aires, 1991.
- CASTORIADIS, C. (1993c), "Psicoanálisis y política", pp. 91-102. En *El mundo fragmentado*, Altamira, Buenos Aires.
- CASTORIADIS, C. (1998), *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*, (H. Pons Trad.). Nueva Visión, Buenos Aires, 1986.
- CASTORIADIS, C. (2001), *Figuras de lo pensable*, (J. Algasi Trad.), Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999.
- DE CERTAU, M. (1996), *La invención de lo cotidiano*, (A. Pescador Trad. Vol. I: *Artes de hacer*), Universidad Iberoamericana, México, D. F.
- DERRIDA, J. (1989), *La escritura y la diferencia*, (P. Peñalver Trad.). Barcelona. (Original publicado en 1967)
- DERRIDA, J. (1998), *De la gramatología* (O. y. C. Del Barco, Conrado Trad.), Siglo XXI, México, 1967.
- DERRIDA, J. (2006), *La hospitalidad*, (M. Segoviano Trad.), Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1997.
- DUBOIS, M. E. (1995), *El proceso de lectura: de la teoría a la práctica*, Aiqué, Buenos Aires.
- GENDE, C. (2005), *Lenguaje e interpretación en Paul Ricoeur*, Prometeo Libros, Buenos Aires.
- GOODMAN, K. (1994), "Cómo la enseñanza apoya al aprendizaje en el desarrollo de la lectoescritura" (pp. 41-51). En *Alfabetización por todos y para todos*, Aiqué, Buenos Aires.
- GREEN, A. (1995), *El lenguaje en psicoanálisis*, (I. Agoff Trad.), Amorrortu, Buenos Aires, 1984.
- GREEN, A. (1996), *La metapsicología revisitada*, (I. Agoff Trad.), EUDEBA, Buenos Aires, 1995.

GREEN, A. (1998), *Las cadenas de Eros. Actuality de lo sexual* (I. Agoff Trad.), Amorrortu, Buenos Aires, 1997.

GREEN, A. (2000), "Teoría", (pp. 48-63), (V. Goldstein Trad.). En A. Fine (Ed.), *Interrogaciones psicosomáticas*, Amorrortu, Buenos Aires.

GREEN, A. (2001), *De locuras privadas*, (J. L. Etcheverry Trad.), Amorrortu, Buenos Aires, 1986.

GREEN, A. (2005), *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*, (L. Lambert Trad.), Amorrortu, Buenos Aires, 2003.

KRISTEVA, J. (1998), *Sentido y sinsentido de la revuelta*, (I. Agoff Trad.), EUDEBA, Buenos Aires, 1998.

LACAN, J. (1971), *Escritos I, Siglo XXI*, México, 1966.

ONG, W. (1993), *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, (A. Scherp Trad.), Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1982.

RICOEUR, P. (2001), *Del texto a la acción*, (P. Corona Trad.), Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1986.

RICOEUR, P. (2003), *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica* (A. Falcón Trad.), Fondo de cultura económica, Buenos Aires, 1969.

RODULFO, R. (1999), *Dibujos fuera del papel. De la caricia a la lectoescritura en el niño*, Paidós, Buenos Aires.

NOTAS

¹ La preocupación de Freud por la función del lenguaje en el psiquismo se remonta a sus primeros trabajos considerados pre-psicoanalíticos y atraviesa toda su obra. Por esta razón Kristeva propone clasificar la concepción freudiana del lenguaje en tres modelos (Kristeva, 1998).

En el primer modelo freudiano, el lenguaje tiene la función de asegurar la traducción entre los tres órdenes que son la excitación neuronal, la representación de cosa y la representación de palabra, mientras que las fallas de esa traducibilidad dan lugar a los diversos síntomas y patologías.

El segundo modelo, caracterizado por la formulación de la primera tópica, se elabora esencialmente en *La interpretación de los sueños* (1900) donde Freud conceptualiza la capacidad del relato asociativo para traducir los contenidos traumáticos inconscientes. El lenguaje caracteriza el trabajo preconciente como zona intermedia entre inconsciente y consciente y permite situar al primero bajo el dominio del segundo. Este segundo modelo posibilitó derivaciones en los desarrollos pos freudianos. El más importante fue el que produjo J. Lacan al abordarlo con el rigor del modelo estructuralista filosófico y lingüístico predominante en su época (Lacan, 1971). Homogenei-

zando la trama inconsciente a la del lenguaje, el modelo lacaniano deja un papel marginal al concepto de pulsión.

El tercer modelo, elaborado a partir de las reformulaciones que incorpora la segunda tópica, corresponde a los trabajos de metapsicología (1914-15), en los que Freud desarrolla una concepción del sujeto como sujeto de la pulsión. Aquí el desarrollo de la complejidad de los sistemas representativos (que incluye al lenguaje pero no se reduce a él) se presenta como el trabajo central del psiquismo de significancia que tiene como función mediatizar la exigencia pulsional elaborando sentido apropiable para el sujeto. La concepción que intentamos elaborar se sitúa dentro de este tercer modelo de comprensión de las relaciones entre psiquismo y lenguaje.

² Señalemos que el concepto de diseminación es distinto de la simple polisemia de los signos. En la polisemia siempre existe una cierta recuperación del sentido; en cambio, en la diseminación se supone un estallido del sentido. La alteridad por lo tanto es intrínseca a la mismidad. De ninguna manera puede darse una determinación del sentido de lo que es el otro, sino que, precisamente, el otro siempre aparece perforando todo sentido en la mismidad. La alteridad nunca puede ser reapropiada en una conceptualización que la agote. El otro permanece siempre con un cierto grado de opacidad, que resiste la reducción a la mismidad.

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Doctor en Psicología por la Universidad de Buenos Aires. Docente de la Cátedra de "Psicopedagogía Clínica" de la Facultad de Psicología de la UBA y de la Cátedra de "Psicología Educacional" de la UM. Investigador UBACyT sobre problemas de simbolización en niños y adolescentes. Coordinador Técnico del Programa de Posgrado: "Nuevas formas de simbolización en la infancia y la adolescencia", de la Facultad de Psicología de la UBA.

E-Mail: gcantu@psi.uba.ar